

Discurso de agradecimiento en la ceremonia de entrega de los Premios Fundación BBVA a la Conservación de la Biodiversidad

Clemente Álvarez

Buenas tardes. En primer lugar, quiero dar las gracias a la Fundación BBVA y al jurado por este premio. Este reconocimiento es de gran ayuda, pues sitúa en primera línea la comunicación del medio ambiente y de la conservación de la biodiversidad.

En las últimas semanas, se ha hablado mucho de las protestas en los museos para llamar la atención sobre lo mucho que se puede perder por el cambio climático. No pretendo defender los ataques a símbolos de la cultura. Aunque si esto les parece muy radical, Félix Rodríguez de la Fuente dijo: “La Catedral de León o las Pirámides de Egipto las podemos destruir cuando queramos, todo es cuestión de dinamita y reconstruirlas cuestión de tiempo; pero cuando desaparece una sola especie animal, la hemos perdido para siempre”.

No sabemos qué diría hoy Rodríguez de la Fuente, pero cuando entrevistaron en la BBC a Phoebe Plummer, la activista británica de 21 años que lanzó sopa de tomate al cuadro Los Girasoles de Van Gogh (o al cristal que lo protege), esta respondió a las críticas de la entrevistadora señalando directamente a los periodistas: “¿Están los periodistas haciendo lo suficiente?”, dijo en televisión. Yo mismo me hago esta pregunta muy a menudo.

Siempre he pensado que el periodismo debe estar al servicio de la sociedad, del bien común, de las causas justas, por eso creo que cualquiera que se dedique a este oficio tiene una responsabilidad con la protección del medio ambiente y el planeta donde vivimos. Por desgracia, esto no siempre es así. A veces por intereses económicos o ideológicos, a veces por inercia, ignorancia o pura indiferencia.

Ganar este premio me llena de alegría, pero ahora mismo no me salen palabras de celebración. Es verdad que en conservación de la biodiversidad y en la

protección del medio ambiente se han conseguido avances importantes, pero creo que es mucho más lo que estamos perdiendo o lo que podemos perder. Hoy se sabe que ya hay al menos un millón de especies en el mundo en peligro de extinción y ahora mismo las previsiones de futuro no son nada halagüeñas por la grave amenaza del cambio climático.

¿Estamos los periodistas haciendo lo suficiente? No es que pretenda pegarme con pegamento a ningún cuadro. Soy de los que opina que el periodismo no debe confundirse con el activismo. Decía Kapuscinski que “el trabajo de los periodistas no consiste en pisar las cucarachas, sino en encender la luz, para que la gente vea cómo las cucarachas corren a ocultarse”. En esto, los periodistas ambientales no lo tenemos nada fácil, pues encima estamos de parte de los insectos... Ya sean bosques, abejas, tiburones o el propio clima del planeta, nosotros debemos encender la luz para hacer ver a la gente no solo lo que se está destruyendo, sino también las muchas implicaciones que esto tiene para nuestro propio bienestar.

Si somos activistas debe ser del buen periodismo: del periodismo riguroso que se apoya en la ciencia, del periodismo crítico que se hace preguntas, del periodismo molesto que se enfrenta a los poderosos, del periodismo innovador que busca nuevos caminos para llegar más lejos. Este premio es para mi un acicate para seguir mejorando y seguir intentándolo.

Según Gabriel García Márquez, “la ética debe acompañar siempre al periodismo, como el zumbido al moscardón”. Por ética, debemos difundir la voz de alarma de los científicos y advertir de los peligros, aunque esto obligue a replantear nuestra forma de vida. Claro que también sabemos que mucha gente está cansada de escuchar malas noticias o de que se la culpabilice de todos los males. No se puede ser todo el rato como el zumbido del moscardón, a menudo funciona mejor ser canto de ballena o el aullido del lobo en la noche de luna llena. Los periodistas ambientales debemos hacerlo todavía mejor, pero, sobre todo, necesitamos que se sumen nuestros colegas de redacción (los de economía, los de fútbol, los de moda, los de motor...) y, especialmente, nuestros compañeros

de publicidad. El desafío al que nos enfrentamos es demasiado grande para que en los medios de comunicación dependa solo de los redactores especializados. De qué sirve intentar reflexionar sobre cómo vivir mejor más despacio y consumiendo de otra forma, ante el alud de mensajes que incitan a la compra como máxima satisfacción o que directamente engañan sobre el impacto ambiental de los productos. Todos debemos hacernos la pregunta: ¿Estamos haciendo lo suficiente?

No quiero terminar sin dar las gracias a mucha gente. A las personas que me han apoyado con sus cartas para este premio, a los periodistas y colegas con los que he trabajado y aprendido en Soitu, Ballena, Univision, EL PAÍS. Pero. Pero sobre todo a mi familia, y en especial a mi padre. Yo soy Clemente Álvarez Andrés, él es Clemente Álvarez García, y sin su ayuda yo no habría podido dedicarme a lo que más me gusta. Por eso este premio también es suyo.